

CRÓNICAS

Pax + Unitas

UNA VIDA Y UNA OBRA POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA MADRE MARÍA GIOVANNA DORE FUNDADORA DE LAS BENEDICTINAS “MATER UNITATIS”

Con el alba del 21 de enero de 1982, se apagó santamente en Olzai (Nuovo -Cerdeña), la vida de nuestra Madre Fundadora. Un jueves, día que siempre nos recuerda la Oración Suprema de Jesús por la unidad de los suyos, y precisamente en el corazón del “Octavario por la Unidad de los cristianos” (18-25 de enero) en el que todos los años los cristianos del hemisferio norte elevan sus súplicas al Padre pidiendo el bien de la Unidad. Por esta noble Causa, nuestra Madre había dado origen a una nueva familia monástica para vivir en “una continua alabanza y una continua súplica”.

Peppina Dore nació en Orune (Nuoro), en julio de 1900. Su padre, Dr. Francesco Dore - diputado del Parlamento italiano y periodista- era médico de ese pueblo, y oriundo de Olzai (Nuoro), que en esos años era “la Atenas de la Cerdeña” pues en su pequeñez contaba con unos cincuenta profesionales y hombres políticos.

Ya desde jovencita, contar y publicar fue una actividad espontánea en Peppina. A los 20 años, para consolar a su madre de una grave enfermedad, le leía su primera biografía: “Santa Catalina de Siena”; durante su agonía, el Señor le hizo sentir la vocación monástica.

Mientras tanto, colaboraba en la redacción de la revista semanal ilustrada de las familias italianas: “La Festa”, junto a los mejores escritores de su tiempo. Cuando quiso despedirse de su director, P. Cario Rossi, para efectivizar su vocación monástica, éste le respondió fulminantemente que siguiese luchando y sirviendo a Dios en el periodismo. El sacerdote venció; el llamado, sin adormecerse, cambió de rumbo.

Fue a Milán, entre los colaboradores fijos de “La Festa” y de la revista femenina “Alba”. A fines del año 1927, todo el grupo editorial se trasladó a Bolonia y P. Dore formó parte también de los redactores fijos del diario nacional católico “L’avvenire d’Italia”. Entre sus publicaciones de este período, podemos citar la biografía de “Elisabeta Leseur” -nuevamente editada en 1981- y el magnífico volumen “Il Card. Ferrari”. Fue además Superiora General, en la rama femenina, de la obra apostólica dedicada al Cardenal Ferrari, que fundara el sacerdote Don Giovanni Rossi, hermano de Don Cario. Tal vez ya en estos años comenzó a repetir -como me dijo un día- la oración: *Averte oculos meos ne videant vanitatem!* (Aparta mis ojos de las vanidades. *Sal* 118).

La llamada de Dios se le hacía cada vez más apremiante, a pesar de las renovadas resistencias de Don Carlo. Ingresó en el monasterio “San Paolo”, de Sorrento, del cual pronto saldrían como fundadoras varias monjas que dieron nuevo empuje a otros tantos antiguos monasterios italianos. Tomó el nombre de Sor María Giovanna, en memoria de una íntima amiga de la “Cara. Ferrari”. Continuó escribiendo, especialmente en la revista “Fax” que publicaba el monasterio, y de este período es su libro “La beata Giovanna Bonhomo, o.s.b.”.

No obstante, sus ansias de mayor pobreza y sencillez de vida no estaban satisfechas. Pidió ayuda al Santo Cura de Ars: “Tú que deseaste inútilmente entrar en La Trapa, ayúdame para que

pueda entrar yo”. En junio de 1939 entró en el monasterio trapense de Grottaferrata (Roma).

Allí, el 23 de abril de ese mismo año, durante las vísperas del domingo del Buen Pastor, había consumado el sacrificio de su vida, a los 25 años, otra hija de la diócesis de Nuoro; la sierva de Dios María Gabriella Sagheddu, quien durante la Octava por la Unidad del año anterior, había solicitado entregar su vida por esa gran Causa. La Madre Abadesa María Pía Gullini presentó a su nueva hija escritora algunas hojitas de apuntes y memorias de la joven difunta y le pidió que hiciera una necrología para informar a los demás monasterios de la Orden. La Madre Dore, que ya vivía en su mente y en su corazón el grave drama de la desunión entre los cristianos, dijo a su Abadesa: “Madre, con esto se puede hacer algo por la Unidad de la Iglesia... “.

La vida breve y humilde de la joven sarda había pasado casi inadvertida por sus sesenta hermanas, pero su Madre Abadesa había visto en ella una gran esperanza. Impresionó a la Madre Dore este testimonio: “A sor María Gabriella nunca se tuvo que decir dos veces una misma cosa: ¡bastaba una sola vez!”. Así de heroica era su obediencia y docilidad.

De esta manera, también en La Trapa, esperaba la pluma a quien se había alejado de la gloria de ser uno de los mejores escritores de Italia. Al acercarse de vez en cuando a su mesa de trabajo, la Madre María Pía sentía el fuerte perfume de violetas que difundía la memoria de Sor María Gabriella en los lugares más alejados de su monasterio y también en alguna hermana poco dispuesta a obedecerle.

La vida de La Trapa, espléndida en su Liturgia, era austerísima; además, ya se respiraba clima de guerra. Como suplemento de energía, la buenísima Madre Abadesa hacía encontrar trocitos de azúcar en la servilletera de la Madre Dore, cuyas fuerzas declinaban. Nos dirá más tarde: “Parecía que el Señor me quería en La Trapa sólo para contar la vida de Sor María Gabriella”.

En los primeros meses de 1940 el libro salía de la Editorial Morcelliana, y pronto invadió toda Italia: seis ediciones en pocos años. No obstante, la Madre Abadesa tuvo que hacer salir para reponerse a su querida monja escritora. La confió a los cuidados de su padre médico, quien había vuelto a su casa de Olzai, a los pies de un alto y espléndido cerro, todo rocas, olivares y almendras: *Sa Tanquita*. La vida monástica en Cerdeña había desaparecido desde hacía seis siglos, dejando el testimonio de iglesias maravillosas -una de estas es la del actual monasterio de San Pedro de Sorres adonde los monjes volvieron hacia 1957-. En su tierra, nuestra Madre se repuso. El párroco de Olzai, Monseñor Calvisi, valientemente apoyado por el Obispo de Nuoro, le pidió que se quedase y fundase un nuevo monasterio. Su presencia iba orientando varias vocaciones.

La Trapa, ya pobre, no podía aceptar una fundación que se anunciaba casi como una nueva Belén. Nuestra Madre, precedida por el Señor Eucarístico, se atrevió. Era el 29 de octubre de 1940. Todo el día, el pueblo de Olzai, conmovido por la noticia, fue a adorar al Señor en la nueva Capillita; se decían: “Vamos a ver El Pesebre!”. Por la tarde, la Madre bajó de su casa y de su cerro, con la primera compañera que el Señor le había dado, ya miembro ella también de la “Card. Ferrari”. Con el canto de Vísperas, empezó la vida de alabanza en la *Casa Benedettina della Madonna*. Egresada de la Academia Romana de Santa Cecilia, la Madre desde el principio amaba cantar el Oficio Divino. El 30 de noviembre, durante la Vigilia de Adviento, recibió a su primera postulante. Poco después siguieron otras, todas cuantas podía albergar la pequeña Casa, “llena como un huevo”. Todo era muy pobre; sin embargo, la casa pequeña no oprimía sino que deleitaba el alma pues estaba llena de la Presencia de Dios y de la Virgen palpables en la concordia unánime, en el silencio y entrega alegres, en la esmerada preparación que la Madre, día a día, daba a sus novicias. La Madre llamó siempre ese primer tiempo “la edad de oro”.

“Soplaron los vientos... y no cayó”, dice la lápida de la nueva capilla en el monasterio “Mater Unitatis”. En 1946, recién pasado el ciclón, la Madre tuvo que salir en busca de una nueva casa pues sus hijas ya no cabían, y seguían llamando. Un primer grupo de doce hermanas salió de

Olzai el 11 de noviembre de 1946 invitado a dar nueva vida a un monasterio del siglo XIII, en Amelia (Umbría), reducido a pocas monjas: “San Magno”. Al año siguiente, llegaron allí desde Olzai dos grupos más de postulantes. La Madre fue elegida Abadesa por unanimidad y su primer acto capitular fue la unidad de la familia monástica mediante la abolición de las “hermanas conversas”, ordenamiento que había encontrado en “San Magno”.

Un par de años después “San Magno” contaba con 45 hermanas, 22 de las cuales eran novicias. Como en los tiempos de San Bernardo, la Madre seguía iluminándonos con sus preciosos “Capítulos”, ricos en doctrina, unción y humor; también continuaba escribiendo biografías de santos, pan para sus hijas.

En 1948 publicó el folleto “Vita monastica per l’unità della chiesa”, en el que intentó resumir su ideal y el motivo de su obra.

Olzai también crecía, en vocaciones y en pobreza. La casa que la familia Dore con toda generosidad había destinado al monasterio, aún era alquilada por los *carabinieri*, y ¿quién podría removerlos?

A fines de 1951, la Madre dejó “San Magno” ya bien desarrollado, y volvió a Olzai. Habían cambiado los tiempos en la Italia democrática. Un gran amigo de la familia Dore, el ministro Antonio Segni, llegó hasta la presidencia de la República e intervino decisivamente para recobrar la *Caserma* y comenzar su adaptación al monasterio.

En marzo de 1952, la Madre bendijo el primer grupo misionero de sus monjas (seis hermanas), invitadas a llevar nuestro ideal a Wuennappuwa, en Ceylón, actual Sri Lanka. Y en este mismo año la Comunidad pudo trasladarse al nuevo monasterio “Mater unitatis” a poca distancia de la casa paterna de la Madre, y heredó también el precioso cerro de la familia Dore.

En 1957, un nuevo grupito de cinco monjas se estableció en Thiesi, a pocos kilómetros de San Pedro de Sorres. Años después, se trasladaron a Ozieri, para lograr una mejor ubicación.

El monasterio de Olzai en 1958 fue declarado Abadía y llegó a contar con 33 hermanas.

Monseñor Meloni, sacerdote que había orientado a La Trapa a Sor María Gabriella Sagheddu, realizó en 1964 su antiguo sueño de llamarnos a Dorgali. Las monjas se establecieron algunos años en una humilde casa y luego se trasladaron al hermoso monasterio construido gracias a la contribución de todo el pueblo al lado de la iglesia de Santa Lucía.

Durante el Concilio Vaticano II, varios Padres Conciliares solicitaron en Olzai llevarse algún grupo fundador a sus lejanos países para implantar la vida monástica en sus diócesis. Llegaron también dos jóvenes nigerianas que luego de algunos años volvieron a su patria estableciendo allí con éxito la vida benedictina.

La fundación que solicitara el Obispo de Santiago del Estero, Argentina, Monseñor Tato, se realizó en 1965. El mismo, el día de la Bandera, 20 de junio, recibió en el puerto de Buenos Aires a las 5 hermanas que llegaron desde Italia y las acompañó a la Abadía de Sta. Escolástica para que conocieran la vida monástica femenina argentina. El 7 de julio, acompañadas por su nuevo Pastor, las Benedictinas de la Madre de la Unidad llegaron a Santiago del Estero. El Obispo nos quiso para ser: “Columna de oración, silencioso respaldo a los apóstoles que en los distintos campos del Señor llevan el peso del día y del calor”.

En los años 1966-68 por solicitud del obispo nigeriano Mons. Okoye, se estableció en Port Harcourt una nueva fundación de la “Mater unitatis” y nuestras dos hermanas nigerianas optaron por continuar su formación en Olzai. En este período, Biafra, deseosa de su independencia, quiso lograrla, pero todo fue ahogado en sangre. Las 5 hermanas que ya

comenzaban a tener vocaciones, debieron pasar los últimos meses en la selva junto con los prófugos y brindándose a ellos. Por último debieron dejar en el surco una incipiente semilla monástica que, una vez superado el conflicto y con el regreso de las dos nigerianas, dio mucho fruto.

Verdaderamente, la vida de todo hombre no es una suma de acontecimientos, sino un Amor sufrido. Recuerdo sobre todo de nuestra Madre su gran misericordia. Mujer de grandísima inteligencia, fue mujer de un gran corazón puesto al servicio de sus hijas, de los pobres y necesitados y de todos cuantos el Señor puso en su camino. Un día me citó una poesía de Páscoli:

“E’ la pietà che l’uomo all’uomo piú deve...”.

(Es la compasión lo que el hombre más debe a todo hombre).

Ahora más que nunca es para nosotras la hora de vivir la hermosa herencia que nuestra Madre nos ha dejado: su total entrega a la Causa de la Unidad que es misterio de Amor para con Dios y misterio de compasión para con todo hermano. Por esto, más que nunca acudimos al amparo de María, Madre de la Unidad, que desde el primer día la Madre Dore quiso y llamó *Domina Domus Nostrae* (Señora de nuestra casa).

*Benedictinas “Mater Unitatis”
Santiago del Estero
Argentina*